



## I

*De cómo entonar una invocación que evite que las brujas  
arrebaten a los niños de sus camas, de cómo  
espantar a las brujas*

**E**l sol comenzaba a sacudirle al campo la pereza de la noche cuando Juana de Sauri sintió un frío intenso que la despertó entre tiritonas y la obligó a levantarse para prender el fogón. Antes de que llegase a hacerlo tuvo un mal presentimiento, giró la cabeza con recelo y los vio. Allí estaban, taciturnos, mirándola con los ojos muy abiertos, acercándose a ella lánguidamente, con el ceremonial propio de los confines del infierno. Se quedó estupefacta, con una mano apoyada en el borde de la mesa mientras levantaba lentamente el atizador, más temerosa que ofensiva. Juana supo con certeza que su destino desafortunado se le estaba echando encima, como llevaba pronosticando desde hacía tiempo, sin que ni su hija ni el párroco le hicieran el más mínimo caso. Era el desquite lógico por sus declaraciones contra las brujas del año anterior frente al tribunal inquisitorial. Desde que regresó de Logroño no había vuelto a conciliar el sueño con esa calma de los que pueden presumir de tener la conciencia tranquila. En medio de la noche solían asaltarla los fantasmas de sus vecinos que, envueltos en llamas y con voces tétricas, clamaban venganza

pronosticándole ineludibles desdichas eternas derivadas de sus embustes. Eso le provocaba un desorden en el ritmo de sus palpitaciones que acababa por desvelarla, impidiéndole volver a conciliar el sueño. Llevaba meses así. La angustia se le aferraba al pecho con dolorido tesón convirtiendo su día a día en una zozobra constante a la que el párroco había quitado importancia tras asegurarle que todo lo que había hecho llevaba el descargo de ayudar a Dios.

Pero en ese momento, la mujer tuvo la certeza de que Dios no estaba allí para protegerla. Había llegado el final. Salió a trompicones de su casa, sin mirar atrás ni cerrar la puerta. Sabía que por mucho que lo intentase, no podía dejar encerrada a la fuerza péfida que la estaba persiguiendo. Corrió por la campa que había frente a su casa con todo el ímpetu que su viejo cuerpo le permitía, sintiendo esa manifestación perpetua y maligna más presente que nunca. Tropezó y cayó de bruces al suelo. Se quedó allí un momento, jadeante, notando cómo el aroma de la hierba recién despertada le penetraba hasta lo más profundo de sus fosas nasales. Por un momento, ese olor le hizo sentirse bien, pero el rumor de pisadas cercanas la sacó de su ensimismamiento.

—No podréis huir de nosotros.

Lentamente, Juana levantó la cabeza y el consolador aroma herbal quedó disuelto en una pestilente concentración de hedor azufrado. Lo reconoció enseguida pese a que nunca antes lo había percibido. Era el olor del demonio, del infierno, de la condenación, el olor siempre presente en los akelarres, el olor que ella misma había descrito un año antes frente al tribunal inquisitorial de Logroño. Ahora, por fin lo sentía. Los remordimientos por haber declarado cosas de las que jamás tuvo certeza y que pudieron llevar a la muerte a algunas personas se disiparon. El párroco tenía razón: eran reales, malignos, diabólicos... brujos. Tanteó alrededor de su cuello en busca de la cruz

de madera a la que siempre se encomendaba y la apretó con fuerza, sintiendo cómo se le desgarraba la piel, sintiendo el mismo dolor que Jesucristo cuando le clavaron en la cruz.

—Dame valor... no me abandones... Padre —musitó.

Levantó los ojos y vio las pezuñas brunas de demonio al uso, tal y como las representaban las Sagradas Escrituras. Dos patas de macho cabrío sucias que llegaban hasta la cadera de un ser, mitad animal mitad hombre, enorme, totalmente cubierto de un áspero pelo negro, con cinco cuernos en la cabeza.

—Todos han de saber que seguimos aquí —apuntó una voz femenina que llegaba por detrás de la bestia—. Nada de lo que hagan impedirá que el poder de Satán se adueñe del pueblo... del reino... del mundo. —Y lanzó una risotada teatral que parecía desganada.

Juana, aún a gatas, miró por debajo de su brazo. Allí estaba aquel muchacho joven de aspecto desharrapado, con sus pelos tiesos de color pajizo y su ojo blanquecino en el que se podía intuir, difuminado, el contorno borroso y azulado de una inexistente pupila. La miraba con gesto bobalicón, con un rictus en su boca que dejaba a la intemperie sus escasos dientes picados. A su lado, reían divertidas dos mujeres que llevaban sus cabellos enrollados en unos exagerados moños en forma de cucurucho. Juana se echó a temblar. De pronto, sin que ni ella misma supiese qué clase de fuerza la impulsaba, dio un salto propio de una liebre y comenzó a correr mientras escuchaba a su espalda las carcajadas de los cuatro personajes diabólicos. Llegó dando traspiés hasta el río, ascendió al centro del pequeño puente macizo y se encaramó a la ancha baranda con una agilidad pasmosa. Allí había una cuerda amarrada a una enorme piedra que al parecer se había dejado dispuesta con anterioridad. Comenzó a anudarse la soga a uno de sus tobillos; entonces el maligno y sus acólitos dejaron de reír y corrieron en dirección a la mujer.

Juana, temblando de miedo, consiguió ponerse en pie y se santiguó. Del puño en el que aún apretaba la cruz de madera, surgía un hilillo de sangre que corría por su antebrazo mientras la mujer murmuraba una oración con los ojos cerrados. Tenía que encontrar el valor necesario para lo que iba a hacer porque los endemoniados ya estaban demasiado cerca.

—¡Deteneos, malditos! —gritó Juana esgrimiendo la cruz delante de ella como si se tratase de un escudo protector.

—No seáis estúpida, eso no va a detene...

Pero antes de que la bestia pudiera terminar la frase, Juana cerró los ojos y ladeó su cuerpo hacia el vacío. El macho cabrío tuvo el tiempo suficiente de agarrarle la muñeca pero el peso de la inercia lo venció y se quedó con la cruz en la mano, mientras la mujer se precipitaba desde el puente, desapareciendo en el agua del río con estrépito calamitoso.

—¡Arrea! —gritó el muchacho del ojo blanco, calibrando si la situación merecía una risotada o una cara de circunstancias.

—Y ahora ¿qué hacemos? No nos dijeron nada de muertos —apuntó la mayor de las mujeres.

Los cuatro se quedaron mirando aturridos desde la baranda, esperando descubrir a Juana entre las aguas, pero dedujeron que se habría ido directamente el fondo por culpa de la piedra atada a su tobillo. El macho cabrío tiró al suelo con rabia la cruz ensangrentada y se limpió la mano contra las piedras del puente.

—Nos vamos —espetó con cara de repugnancia—, y rapidito.

La mañana que el cuerpo de Juana de Sauri apareció flotando boca abajo en las aguas del río, el inquisidor Alonso de Salazar y Frías ya llevaba once días instalado en Santesteban. Él mismo lo anotó con pulso firme esa noche en el memorial de la Visi-

ta sin imaginar que aquellas palabras tendrían que esperar dos siglos encerradas en un sótano a que la Inquisición fuese abolida para que alguien pudiera leerlas. Por aquel entonces, Salazar ya llevaba mucho tiempo cuestionándose casi todo pero, gracias a su capacidad para mantenerse imperturbable y su poca tendencia a compartir confidencias con sus semejantes, nadie se había percatado de ello y seguía conservando la confianza de las altas esferas inquisitoriales. Por eso la Suprema no lo dudó y lo envió como visitador a la zona del norte de Navarra y Guipúzcoa cuando terminó de convencerse de que el fenómeno de las brujas no se había erradicado por completo después del auto de fe de Logroño. Tras mucho cavilar, quedaron seguros de que la única manera de acabar con la abominable secta diabólica era con la presencia de un severo inquisidor en la zona. Y quién mejor que Alonso de Salazar y Frías para ello, siempre tan seguro de sí mismo, siempre dominando la situación. Impresionaba su formidable estatura, el mentón desafiante, su osamenta infinita que ampliaba su espalda y alargaba sus piernas y brazos prolongando más de lo normal los dedos de sus manos, que eran finos y ligeramente ensanchados a la altura de las uñas. Caminaba a grandes trancos, avanzando a ritmo marcial mientras dejaba atrás la estela de su sotana flotando en el aire, y el que quisiera comunicarse con él en esos momentos debía seguirle a trote ligero porque por nada del mundo Salazar aminoraba el paso. Miraba siempre de frente, convencido de que nadie podría obligarle a que bajara los ojos por haberle pillado en un renuncio. La palabra *inquisidor* lo definía a la perfección. Rebuscaba las respuestas, preguntándose incluso a sí mismo una y otra vez y siempre encontraba un resquicio, un pequeño detalle, algún dato o circunstancia que no le permitía estar completamente seguro de nada, ni siquiera de su propia existencia. Por eso el inquisidor general pensó que no había nadie mejor que él para intentar aclarar lo que estaba ocurriendo.

Los últimos e inquietantes acontecimientos que quebraban el sosiego de los vecinos de aquellas tierras del norte comenzaban a poner los pelos de punta a los dirigentes del reino. Las cosechas se desbarataban. Donde antes se hallaba un tremendo sembrado de espárragos, ahora sólo se podían intuir un par de raíces marchitas y estropajosas que al final acababan destrozadas por el pedrisco. Los fenómenos meteorológicos adversos amedrentaban a la población con unos rayos y centellas que nadie dudaba de que se habían fraguado en las mismísimas calderas de Pedro Botero, y los animales domésticos comenzaron a comportarse de forma realmente estrafalaria. Las gallinas se ponían tercas y se empecinaban en empollar huevos estériles y, cuando sus dueños conseguían arrebatárselos, al cascarlo, lo único que surgía era un moco viscoso y negruzco que olía a muerte. El perro dejó de defender la casa, se mostraba asustadizo, se escondía hecho un ovillo bajo la cama por cualquier menudencia y se orinaba encima si le obligaban a salir. El gato se quedaba mirando fijamente hacia ningún lugar y luego, sin motivo aparente, lanzaba un maullido de espanto mientras crispaba los pelos y las uñas encogiendo el lomo, y algunas vacas dieron leche agriada, buena para nada.

Los padres reclamaron ayuda urgente porque sus niños volvían a confesar entre tembleques que, con nocturnidad y alevosía, mientras dormían plácidamente, las brujas se colaban por las ventanas para llevarlos al akelarre donde les adjudicaban una varita con la que pastorear el rebaño de sapos ataviados de príncipes con vestiditos en miniatura que ellas reverenciaban como a ángeles de la guarda. Las gentes, aterradas, velaban noches enteras al lado de los críos embrujados para impedirles que se rindiesen al sueño, pero lo único que conseguían era que las brujas les buscasen las vueltas y, al llegar el nuevo día, cuando los mayores bajaban la guardia y los niños daban una cabezada, volvían a arrebatárselos. Los pequeños reconocían después en-

tre hipidos y llantos haber estado con las brujas en el akelarre, aunque el sueño sólo los hubiese vencido por unos instantes. La población solicitó la asistencia espiritual de los religiosos, pero en poco tiempo la calamidad tomó dimensiones ciclópeas, muy superiores a sus aptitudes místicas para tranquilizar a los vecinos.

El párroco de Vera escribió una carta al tribunal de Logroño en la que rogaba encarecidamente que le enviaran un refuerzo ya que había tenido que encerrar tres veces a los padres para impedir que asesinasen a los brujos sospechosos a golpe de guijarrazo o achicharrando sus casas con ellos dentro. Además, ofrecía a los inquisidores un conjuro de su invención que evitaba que los diabólicos arrebatasen a los niños, y solicitó al tribunal que se reconociese oficial y públicamente como recurso válido contra el poder del maligno.

*Iesus + Nazarenus + Rex + Iudeorum +  
Verbum caro factum est  
Iesus, Maria, Joseph.*

Para que la fórmula en cuestión surtiera efecto, debía de ponerse por escrito en un papel junto con una vela de cera, hierbas, pan y agua bendita en la alcoba de los niños, haciéndoles persignarse antes y después de dormir mientras se imponía sobre sus corazoncitos la señal de la cruz pronunciando con sentimiento místico:

*Iesus propitius esto mihi peccatori.*

Llegadas las cosas hasta ese punto, el inquisidor general, Bernardo de Sandoval y Rojas, se planteó la posibilidad de trasladar el tribunal provisionalmente a Pamplona con la intención de estar más cerca del área maltratada por las brujas. Pese a que

tenía tendencia a pensar que la mayoría de las acusaciones de brujería disfrazaban rivalidades entre vecinos, no podía permitirse el lujo de que se anduviera comentando por el reino que el anticristo y sus adjuntos campaban a sus anchas por Navarra sin que el inquisidor general moviese un dedo. Escribió cuatro cartas a las personas que él consideró más instruidas en el tema de la secta diabólica para que le aconsejasen sobre la manera más adecuada de actuar. Envío una a los tres inquisidores de Logroño pidiendo que le orientasen sobre la situación; otra al humanista real Pedro de Valencia, una celebridad que gozaba de la confianza del monarca Felipe III debido a su buen criterio, y otra a su sobrino el duque de Lerma, rogándole que le comentase hasta qué punto la crisis provocada por la secta afectaba al poder real. La última misiva se la envió al obispo de Pamplona, Antonio Venegas de Figueroa, que en los últimos tiempos había adquirido fama de descreído por pregonar con convicción que, en todo lo tocante al tema de las brujas, por propia experiencia, había mucha ilusión y embuste.

El inquisidor general esperó paciente las respuestas y tras ello su conclusión fue determinante. Promulgó un edicto de gracia, que tendría vigor durante seis meses, mediante el cual todos los brujos que declarasen su arrepentimiento y abjuración de *levi* podrían recibir el perdón de la Iglesia sin ningún tipo de represalias, incluyendo los que se encontraban en las cárceles secretas. Además, prohibía presionar a los sospechosos con la intención de hacerlos confesar, y del mismo modo nadie que hubiera declarado podría sufrir amenazas. Ahora sólo necesitaba que un hombre de confianza se encargase de divulgar el edicto en las zonas afectadas, y decidió que no existía nadie más preparado para esa importante misión que su pupilo Alonso de Salazar y Frías.



La aparición del cadáver ahogado de Juana no sorprendió a Francisco Borrego Solano, el párroco de Santesteban. Desde que el inquisidor Salazar había llegado, de eso hacía ya casi dos semanas, se corrió la voz entre los pueblos vecinos de la gracia del edicto y, durante los siguientes días, Santesteban se atestó de cuadrillas de brujos en busca del perdón. Se situaron frente a la residencia de Salazar produciendo un tumulto desordenado y ruidoso que sacaba de quicio a la ya de por sí alterada población. El inquisidor, abrumado por tanto gentío, tuvo que conseguir más ayudantes que poder enviar a los pueblos cercanos para recibir la confesión de los que no pudieran desplazarse. Así, su inicial comitiva formada por dos secretarios de inquisición y dos intérpretes de vascuence, quienes además de traducir los interrogatorios debían pronunciar sermones a la hora de publicar el edicto de gracia y asistir a los actos de reconciliación, tuvo que ampliarse hasta que se llegaron a establecer cuatro equipos. Una cédula real obligó a los habitantes de Santesteban a hacerse cargo de los forasteros arrepentidos que ocupaban las calles. Pronto no hubo vivienda en Santesteban que no tuviera a un brujo contrito acogido en su interior. Aquello no le gustó nada al párroco Borrego Solano, que vio cómo la obligación de hospedar en casas de bien a los arrepentidos levantaba las aprensiones de los vecinos. Comenzaron a escucharse cuchicheos que hablaban sobre la posibilidad de que los brujos llegasen sin el arrepentimiento necesario para la obtención del perdón, difundiendo así de pueblo en pueblo la plaga brujeril como una epidemia mortífera.

El párroco Borrego Solano llevaba días intentando reconfortar las almas inquietas de sus feligreses más píos, ocultando su propio malestar. Pero la desgracia era tan palpable que arrastraba cualquier intento de disimulo. Desde la primera hora de aquella trágica mañana en la que vinieron a anunciarle la aparición del cadáver ahogado de Juana, el párroco tuvo el presenti-

miento de que la desgracia se cernía de nuevo sobre ellos. Su habitualmente puntual gallo había cacareado de forma acongojada, desafinando y a deshora. Como él bien sabía, eso certificaba, sin lugar a dudas, la presencia cercana de las brujas. La Inquisición no había conseguido acabar con todos los discípulos del maligno pese a las detenciones, las torturas, el auto de fe, las promesas de castigos eternos y los perdones por arrepentimiento con plazo de expiración. Los discípulos de la secta diabólica regresaban para vengarse de ellos, eso era seguro.

Se vistió lo más deprisa que pudo mientras se santiguaba y murmuraba una retahíla de oraciones y súplicas. Antes de cruzar el umbral de la puerta le lanzó un puñado de sal al fuego con la esperanza de que eso pudiera aplacar en algo el poder maléfico de las brujas. La lumbre chisporroteó rabiosa con un fragor de fuegos fatuos que le pusieron la piel de gallina y que a él le parecieron el presagio de la adversidad. Sin perder más tiempo se encaminó a la rivera. Llegó jadeante, más por el desasosiego que por la caminata, cuando ya el cuerpo sin vida descansaba blancuzco sobre la maleza. Reconoció en la ahogada a su feligresa Juana de Sauri y se le erizó la piel al ver su desdichado aspecto de pez varado.

—¡Santo Dios! Pero ¿qué han hecho con esta pobre mujer? —balbuceó mientras se santiguaba—. Avisad al inquisidor Salazar, ¡deprisa! Él tiene que ver esto.

